

Los ojos del lobo Care Santos





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: abril de 2004

Decimoctava edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Berta Márquez

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Julián Muñoz

© Care Santos, 2004

© Ediciones SM, 2004, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-452-6

Depósito legal: M-4009-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Hay personas –entre las que me cuento– que detestan los finales felices. Nos sentimos engañados. El mal es la norma.

VLADIMIR NABOKOV,
Prin

No se escriben novelas para contar la vida, sino para transformarla, añadiéndole algo.

MARIO VARGAS LLOSA,
La verdad de las mentiras

PRIMERA PARTE
ACECHO

LAURA

Inés no ha sabido entenderte. No es que te den miedo esos tíos, como ella dice, es que no quieres líos. Prefieres decirles que no, alto y claro, y marcharte a casa si es necesario, antes que seguir hablando y dejarles que imaginen que tienen alguna posibilidad contigo. A Inés le gusta coquetear, y eso le ha traído más de un problema. Ella lo sabe, pero ni así escarmienta. En cuanto ve que alguien le tira los tejos se vuelve la más simpática del mundo y se olvida de todo lo demás. Luego se burla de ti. «Solo tienes ojos para Nacho», suele decirte.

No es que Julio y sus amigos sean malos chicos. Hace unos pocos años estudiaban en vuestro colegio. Eran mayores, más que tú y que tu hermano, y algunos estaban siempre buscando problemas. No había bronca en la que no participaran. Luego se pelearon. Julio y esos dos –no recuerdas sus nombres– dejaron de estudiar. Uno es mecánico, te parece, porque una vez tu padre te dijo que le había visto en un taller del pueblo. Hacía mucho que no sabías nada de ellos hasta que Inés se puso a flirtear con toda la pandilla.

Inés y tú siempre discutís por lo mismo. En las discotecas, sobre todo. Ella empieza a mirar con insistencia al primero que se le pone por delante. Dice que no busca nada, pero no hay ni uno que lo entienda. Cuando llevan un rato de cruce de miraditas incendiarias, lo normal es que el chico se acerque. Entonces Inés se hace la ofendida, o la que no sabe nada o la a-mí-qué-me-cuentas. Y si las cosas se ponen feas, te pasa a ti la patata caliente:

–Es que a mi amiga le sonaba de algo tu cara.

Algunos de esos ligues frustrados pretenden entonces probar suerte contigo. Y mira que se lo has dicho veces...

–No me metas en tus asuntos amorosos, Inés.

Pero ella, ni caso. Con suerte, se burla de lo de siempre: de Ignacio y de lo colada que estás por él. Y siempre insiste e insiste: que le olvides, que no te merece, que es un idiota que solo se acuerda de ti cuando te necesita (es decir, cuando se pelea con su novia de turno), que tienes muy mal gusto para los chicos y bla bla bla. Tal vez tenga razón, lo sabes aunque nunca te hayas atrevido a decirselo, pero qué le vas a hacer, nadie manda en tus sentimientos.

Inés lleva muy bien eso de ser la loca de la clase. Tú, en cambio, llevas fatal lo de ser la seria, la moderada, la responsable. En una palabra: la sosa. Crees que a Nacho no le acabas de gustar precisamente por eso, aunque un poco sí le gustas, eso lo notas hasta tú, a pesar de que Inés se empeñe en decir siempre lo contrario. Qué sabrá ella. No estaba con vosotros las veces que os quedasteis a solas para hablar, ni aquella vez que te besó de-no-sabes-qué-manera, porque sentiste electricidad en la espina dorsal.

Qué más da. Tú estás dispuesta a esperar hasta que Nacho se decida, aunque tarde mil años. Nunca vas a querer a nadie como a él, de eso estás más que segura, y algún día se lo dirás muy en serio, aunque Inés reviente del enfado. Mientras tanto, no puedes compartir esa forma de ser que parece empujar a tu amiga a buscar guerra. Es por eso por lo que en más de una ocasión te ha tocado desempeñar el papel de aguafiestas. Como hoy, sin ir más lejos, cuando le has dicho al oído:

—Vamos a casa. Estos tíos no me gustan.

Estabais frente a la churrería y la mujer de detrás del mostrador se ha dado cuenta de todo. Permanecía muy atenta, a esas horas no tenía nada más que hacer. A nadie en la feria le apetecía comerse unos churritos, o unas patatas, y ella se estaba planteando echar el cierre antes de tiempo, aunque esta sea la última noche de las fiestas patronales. A la fuerza la mujer ha tenido que ver el momento en que Julio y sus amigos empezaban a ponerse demasiado pesados. Querían que los acompañarais a su casa. Iban un poco borrachos. No hacían más que decirte lo bien que te sienta la minifalda vaquera. Inés le quitaba importancia:

—Vamos, solo están un poco alegres. Nos lo pasaremos bien.

Pero tú no tenías ganas y, además, la gente borracha te pone nerviosa. No se puede hablar con ellos, no entienden, no razonan, se ríen todo el tiempo de cosas que no tienen ninguna gracia y se convierten en todo lo contrario de lo que tú buscas en las personas.

«Menos en Nacho», añadiría Inés, con su habitual retintín.

Es como si pudieses oírla, caminando a tu lado en este preciso momento, elevando su voz sobre las sirenas de las atracciones, sobre este rumor como de mar lejano que llega de la feria, y sobre el rugido del coche que avanza por esta misma calle, exactamente igual que hace un momento, antes de que os separarais con un «hasta mañana» más bien seco: veníais discutiendo. Tú le decías que no te gusta su manera de comportarse ante chicos a quienes no conoce de nada. Ella te reprochaba ser demasiado aburrida cuando de lo que se trata es de pasárselo bien.

–Pero es que yo no me lo paso bien con esos –has dicho.

De inmediato has notado su cambio de actitud: un rictus de seriedad, un mohín contrariado que sabes bien lo que significa: enfado. Y de los grandes. Habéis seguido juntas por las calles de costumbre hasta la esquina donde siempre os detenéis a charlar un rato. A veces demasiado, porque se os hace tan tarde que ya están vuestros móviles sonando; vuestras madres requiriéndoos para la comida, para la cena o para el recado que corría prisa. Hoy no hay conversación en la esquina, tan oscura como de costumbre. Tampoco son las mismas horas de siempre: hoy es más tarde. No lo suficiente para que no haya una despedida a la altura de vuestras circunstancias. Sin embargo, hoy el enfado –más de Inés que tuyo– da al traste con todo. Os despedís escuetamente, parece que hay una última tentativa por tu parte de decirle algo que no le has dicho todavía, de pedirle que olvide vuestras diferencias, pero no lo haces. Te limitas a un adiós breve y rápido y a un enfilar la calle de la derecha, la que lleva hasta tu casa. No tiene sentido volverse a mirar a la amiga que se va en otra dirección, pero aun así lo haces, aunque sabes que ya no podrás verla. Piensas:

«No importa, mañana hablaremos».

Y echas a andar a través de la oscuridad, dejando cada vez más lejos el tumulto de la feria y sin percartarte de que el rugido del motor se acerca. Piensas en Julio y sus amigos, en que quizá te has mostrado demasiado severa cuando, tal vez, no era para tanto. Siempre te pasa lo mismo: al final Inés consigue hacerte dudar. No estarás tranquila hasta mañana, cuando ella te haya perdonado este fin de fiesta sin diversión; hasta que habléis y la sientas menos distante que hace un momento. Piensas en Nacho y te preguntas por dónde andará, en qué punto de la sierra estará en este

mismo momento, mirando a este mismo cielo, o tal vez no, porque la lona de la tienda de campaña tal vez no le deje ver todas estas estrellas. Tal vez allí donde hayan acampado, él y los niños a los que guía por el monte, no les toca sufrir este calor horrible.

De pronto suena tu móvil. Sabes de sobra quién llama. Descuelgas después de echarle un vistazo a la pantalla iluminada –un pequeño faro en esta negrura– y no esperas a que te diga nada para contestar:

–Ya voy, mamá. Cinco minutos.

En ese preciso momento, el coche que recorría la calle tras de ti parece apresurarse. Es difícil reconocer el camino en esta oscuridad, hay que conocerlo muy bien. De pronto presientes que los que viajan en ese automóvil deben de haberse perdido. Incluso te parece que se acercan con la intención de preguntarte algo, acaso de recibir instrucciones para salir de este laberinto de calles que conducen a tu casa, y también a casa de Inés.

El coche es oscuro, no sabes de qué marca. Al joven que baja de él no le conoces de nada. Estás segura porque no olvidas una cara. No te gusta cómo te mira y por eso echas a andar en dirección a tu casa. La verja ya se ve a lo lejos. Intentas localizar el móvil en el bolso, pero cuando lo consigues ya es tarde.

El primer golpe te aturde y el segundo te ciega. Todo sucede muy deprisa. El dolor es más intenso que nada que hayas experimentado antes. Alguien grita en el coche, pero no entiendes lo que dice. Sientes la tapicería rugosa y sucia del asiento de atrás. Estás sangrando. Aquí hay otra persona. Habla como si tal cosa, como si todo estuviera en orden. Las ruedas chirrían sobre el asfalto. No sabes dónde está tu bolso. El móvil ha caído sobre la acera, manchado de sangre. Tu sangre. Dentro de cinco minutos volverá a sonar. En la pantalla se leerá claramente: «Casa», pero ya no estarás para responder. Al otro lado, tu madre colgará, tendrá un negro presentimiento y, de inmediato, llamará a la Guardia Civil.

ESTRELLA

El trabajo de bruja no está como para llevar una vida normal. Qué más quisieras tú que poder darte de alta en la Seguridad Social, contratar un plan de pensiones y anunciarte en revistas serias. Porque tú eres honesta y no le mientes a nadie, otra cosa es que la gente tenga ganas de creerte. En cambio, tienes que trabajar para subsistir, y en algo que nada tiene que ver con tu verdadero talento. Antes te pasabas las jornadas de trabajo –de doce a cinco– preguntándole a los clientes si querían la carne muy hecha, normal o poco hecha; si querían ensalada de col o verde; patatas asadas o fritas; salsa agria, barbacoa o aceite de oliva; bebida grande, mediana o pequeña...

Desde que te ascendieron a encargada, solo tienes que sonreír y formular una sola pregunta, solo una: «¿Fumador o no fumador?», y luego acompañar a los clientes hacia una mesa que nunca es tan de su agrado como tú desearías. Es un trabajo como cualquier otro, porque de algo hay que vivir. Por lo menos tus compañeros son agradables y nunca se meten contigo, más bien al contrario: se han tomado tan en serio lo de tus facultades especiales que te pasas el día echándoles las cartas.

Precisamente en eso estás ahora. Al final del turno de noche, Raquel, la nueva ayudante de cocina, te ha propuesto ir a tomar un café. Has aceptado porque mañana tienes el día libre, aunque nunca tomes café. No ha sido fácil dar con un bar abierto a estas horas. Sin embargo, en las grandes ciudades siempre hay alguien más noctámbulo que tú. Y aquí estáis: en una terraza bastante concurrida, en mitad de una de las arterias principales de la capital, tú con la baraja en la mano y ya recuperado tu aspecto: tu faldota roja, suelta tu melena rizada y oscura. Ella, abriendo un par de ojos de lechuza. Acaba de enamorarse y quiere saber qué tal le va a ir. Típico.

–¿Cómo se llama? –preguntas.

–Sergio.

–Necesito una prenda.

–La tengo –dice Raquel con una sonrisa pícaro–, una pulsera.

¿Sirve?

Afirmas con la cabeza. Tu compañera deja sobre la mesa una pulsera de tiras de cuero negro que ensartan un par de bolitas de plata.

Dispones sobre la mesa tres cartas en hilera vertical. Ves algo raro. Algo que no te gusta. Barajas despacio antes de depositar otras dos, esta vez boca abajo y de modo que, junto con las anteriores, formen una cruz.

–¿Dónde está ahora? –preguntas.

Tu compañera pronuncia el nombre de un pueblo que no te dice nada.

–¿Hacia dónde queda?

–Hacia el sur, más allá del pantano.

Volteas los dos naipes que has dejado sobre la mesa. Cuando ves el primero, el corazón empieza a latirte en la garganta.

–¿Hay algo malo? –pregunta tu compañera con un hilillo de voz.

No eres capaz de contarle lo que ves. Y te queda aún una carta por descubrir. Le das la vuelta. Hasta ella percibe que de pronto te has puesto pálida.

–¿Qué pasa? Estrella, por favor, dime algo.

Intentas retener el nombre del pueblo. Le pides que te lo repita.

–Me siento mal. Perdona, de verdad. Ha sido de repente. Una lipotimia. Soy muy propensa. Tengo que irme a casa.

Recoges tus cosas, guardas la baraja y pagas el café. En el desasosiego de Raquel no reparas. Tienes que ir a ver a tus padres y convencerlos para que te dejen el coche. No será fácil, a estas horas de la noche. Van a creer que te has vuelto loca. Sin embargo, será mucho más difícil encontrar en ese lugar del que nunca antes habías oído hablar a una mujer que fuma en la cocina de su casa, y come ciruelas y presiente algo horrible que ha de pasarle. Encontrarla, primero, y luego convencerla de que puedes ayudarla, no estás loca, eres honesta y dices la verdad. Una bruja sería de veintidós años, con el alma repleta de buenas intencio-

nes, que ha sentido de repente que aquí la necesitaban. De lo que has visto en las cartas, preferirás no hablar con nadie durante algunos días.

Media hora más tarde, te encuentras en el coche de tu padre, un modelo antiguo y poco hecho a la carretera, camino del pantano, con la intención de llegar más allá, en dirección al sur.

BLANCA

Te sientas ante un insulso programa de televisión y enciendes un cigarrillo. Fuz, la gata, ronca ovillada en su canasto. Tienes ganas de irte a la cama. Consultas el reloj. Echas la cabeza hacia atrás, en un gesto de cansancio. Repasas por enésima vez las obligaciones de mañana: ir a recoger los libros de Laura, Álex necesita el coche, no hay leche... A ver si la niña no tarda mucho y, por lo menos, puedes dormir cinco o seis horas. Ya sabes que ella se enfada cuando se lo dices, pero no estás tranquila cuando anda por ahí. Te pasa todos los fines de semana, claro, y también durante la semana de las fiestas del pueblo. Menos mal que esta es ya la última noche y mañana podrás recuperar las fuerzas, que buena falta te hacen. Por fortuna, septiembre está ya a la vuelta de la esquina: el colegio, el orden, el fin de este calor asfixiante... Septiembre representa, en cierta medida, tu salvación.

Hace años que te sucede lo mismo. Desde que te quedaste sola y con dos hijos. Laura no llegaba a los doce años, su hermano ya casi estaba en la universidad, y no era cuestión de que ellos se sacrificaran. Fueron años durísimos, pero pasaron volando. Ahora quieres que Laura tenga las mismas oportunidades que su hermano. Ella dice que quiere estudiar Turismo, pero por ahora es una cabecita loca que solo piensa en divertirse y en Nacho (o al revés) y que cuando pone un pie en la calle no regresa antes de las cuatro de la mañana. Y sabes que tienes suerte, porque casi todas las amigas de tu hija vuelven más tarde, casi al amanecer, o incluso después; y son menos sensatas que Laura. A esa pregunta que te formulan diez veces cada semana, cuando alguien adivina tus ojeras bajo el maquillaje, tú sueles responder siempre con la misma broma:

–Es que tengo una hija adolescente.

Una respuesta, por cierto, que a Laura no le hace ninguna gracia.

Te has prometido a ti misma no picar por las noches, pero la cocina ejerce sobre tu subconsciente una especie de atracción magnética, y más cuando estás preocupada, aunque sea un poco, como ahora. Para entretener la espera, o para no dormirte, decides inspeccionar la nevera. Encuentras unas ciruelas negras y las lavas bajo el grifo. Podría haber sido peor, piensas. Por suerte no hay chocolate, ni dulces, ni nada de lo que después tengas que arrepentirte. Te sientas a la mesa de la cocina, con un pedazo de papel robado del rollo y las dos frutas espléndidas. Te encanta esta primera sensación al morder la carne de la ciruela.

El reloj de la cocina te advierte de pronto de que es más tarde de lo que consideras prudente. Buscas el teléfono y te detienes un segundo antes de tomar la determinación de llamar a Laura. Sabes que a ella no le gusta que la llames cuando está por ahí con sus amigos, y en parte tiene razón: hay ocasiones en que las madres podemos llegar a ser un fastidio. Sin embargo, de nuevo el reloj te recuerda que ella suele estar en casa a estas horas, y al fin te decides.

Contesta de inmediato, contrariada. Ni siquiera te deja hablarle de tu preocupación. Laura te conoce demasiado bien. Sabe por qué la llamas y dice:

—Ya voy, mamá. Cinco minutos.

Sin embargo, no tarda cinco minutos. La espera se te hace eterna sin apartar los ojos de los números del reloj. Sobre la mesa de la cocina reposan los huesos de las ciruelas, y ahí van a estar durante varios días, hasta que alguien, uno de los muchos extraños que visitarán la casa atribulada, los tire a la basura con una mueca de asco.

Pero ahora no puedes saber nada de todo esto. Ahora vuelves a marcar el número de tu hija. Los cinco minutos hace un rato que han pasado y ella no está aquí. La señal suena y suena y Laura no responde. Vuelves a marcar, esperas de nuevo. Sientes como si de pronto el corazón se te llenara de plomo. Miras por la ventana. La calle está desierta. Si hubieras mirado solo cinco o seis minutos antes, lo habrías visto todo. Acongojada, contienen las lágrimas de tu fatal presagio y te preguntas qué debes hacer ahora.

PEDRO

Estabas pensando «qué difícil resulta todo con las chicas» cuando, de repente, zas, ella se ha quitado los pantalones y te ha dado la razón:

–Es verdad, se está mejor sin la ropa mojada.

Ahora eres consciente de que estáis un poco ridículos. Los dos solos, juntos por fin, en mitad de la noche, a lo lejos los estrépitos del último día de la feria, abajo la hierba fresca, arriba las estrellas y un poco más allá, mirándote como si esperara algo de ti, una luna redonda. Y tú mirando a Marga por el rabillo del ojo, mirándole las piernas: las pantorrillas, los tobillos –los contornos de su cuerpo, qué misterio–, pensando qué viene ahora, qué se espera de ti, cómo hay que actuar en estos casos. O tal vez sea mejor no hacer nada, decir alguna frase tonta como, por ejemplo:

–¿Has visto cuántas estrellas?

Y resignarse a que nada de lo que has soñado mil veces suceda tampoco esta noche. ¿Por qué se es tan valiente en sueños y tan cobarde en la realidad?

No es que esperaras una escena como de película, con Marga abrazándote, música a todo volumen, un atardecer de postal y los dos rodando sobre la hierba. Aunque tampoco podías suponer esta torpeza que te impide acariciarle una mano, rozar su mejilla, hacerle cosquillas en la planta del pie o darle un beso en los labios.

La ropa mojada ha quedado a un lado y, en la oscuridad, ni siquiera puedes distinguir el color de la ropa interior de Marga. La ropa interior de Marga. Esa sola idea te congela las palabras en la garganta y te impide pensar con claridad. Nunca has necesitado con tanta urgencia algo que decir, es como si en ese deseo te fuera la vida. Ni siquiera hace un rato, cuando jugando en la fuente ella te empujó y tú te agarraste y, por una carambola de esas que nadie puede prever en la urgencia del momento, sentiste el cuerpo de